

que no hay otra verdadera libertad que la libertad de los hijos de Dios. *El que está unido con Dios posee su espíritu; y la libertad está siempre donde está el espíritu de Dios.* Dios se complace en hacer la voluntad de los que le temen, dice el Profeta. Es verdad que en el servicio de Dios hay leyes que guardar; ¿pero quién no sabe que estas leyes son mas dulces y mas deliciosas que la miel mas esquisita; y que la paz y la tranquilidad son inseparables de este dulce servicio? La vida de los que sirven á Dios es arreglada, uniforme, apacible; pero cabalmente en esta regla y en esta uniformidad de conducta es donde se encuentra una verdadera libertad. No hay cosa mas desasosegada que una vida sin orden. Hagamos juicio de la dulzura de la vida de las gentes de bien por su gozo inalterable, el cual hace uno de los mas bellos rasgos de su retrato: hagamos juicio por aquella igualdad de humor que muestra cuán contenta está el alma; al paso que los que están en el servicio del mundo viven en el tumulto, en la inquietud, y no tienen ni aun libertad de quejarse de sus pesadumbres y tedios.

¡Oh, Señor! ya conozco la diferencia que hay entre los que sirven al mundo, y los que os sirven á vos: haced, por vuestra gracia, que me aproveche de este conocimiento.

JACULATORIAS. — ¡Cuánto mas dulce es un dia pasado en el servicio de Dios, que mil pasados en el servicio del mundo! (*Ps.* 83.)
¡Qué dulzuras no reservais, Dios mio, para los que os temen! (*Psal.* 30.)

PROPOSITOS.

1 Pondérense cuanto se quiera las inspidas y superficiales dulzuras del mundo: lisonjéense los mundanos de una libertad que no gozan; siempre será cierto que no hay ni puede haber verdadera libertad sino en el servicio de Dios. Probad esta dulce verdad sirviendo á Dios con una fidelidad que sea á prueba de todos los falsos racionios del mundo. No mires jamás como una sujecion, como una esclavitud la exacta puntualidad y la observancia escrupulosa de tus ejercicios de piedad y de tus reglas. A todos los que hablan la jerigonza del mundo, y dicen que las gentes de bien viven demasiado sujetas, diles que los mundanos son mucho mas esclavos, y gimen mas bajo de la tiranía en solos ocho dias que los devotos en toda su vida. ¿Quieres no sentir la sujecion? sé cada dia mas exacto y mas regular.

2 Hazte una ley, y toma la resolucion de no faltar jamás á las

mas pequeñas obligaciones de tu estado, ni á la menor regla, y de observar con puntualidad tus prácticas de devocion, rezos ordinarios, uso frecuente de los sacramentos, misa todos los dias, oracion, leccion espiritual, visitas arregladas cada dia al Santísimo Sacramento, retiro de un dia cada mes, otro retiro cada año; cuanto mas fiel fueres en observar estas pequeñas prácticas de piedad, tanto mas experimentarás la dulzura de la libertad de los hijos de Dios, y el gusto que se halla en servir á tal dueño. Haz todos los dias mas religiosa y mas exacta tu fidelidad.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

SAN DÁMASO, papa y confesor, en Roma; el cual condenó al herejarca Apolinario y restituyó á Pedro, obispo de Alejandria, que habia sido ahuyentado de su silla por los herejes: halló tambien muchos cuerpos de santos mártires, é ilustró sus sepulcros con epitafios en verso. (*Véase su historia hoy.*)

EL MARTIRIO DE SAN TRASON, igualmente en Roma; el cual porque alimentaba de su hacienda á los cristianos que trabajaban en los baños y otras obras públicas, y á los encarcelados, por decreto de Maximiano fué preso y coronado con el martirio juntamente con otros dos llamados Ponciano y Pretestato.

LOS SANTOS MÁRTIRES VICTÓRICO Y FUSCIANO, en Amiens; los cuales en el mismo imperio, por sentencia del presidente Ricciovaro, fueron atormentados atravesándoles las narices y las orejas con sortijas de hierro, taladrándoles las sienas con clavos ardiendo, arrancándoles los ojos y asaeteándoles, y de esta suerte degollados juntamente con SAN GENCIANO su huésped, pasaron al Señor. (Los santos Victórico y Fusciano eran dos hombres apostólicos que fueron á predicar la fe á las Galias casi al mismo tiempo que S. Dionisio de Paris. Penetraron hasta las partes mas remotas de aquel reino, y al fin hicieron á Teruan asiento principal de su mision. Pasando á Amiens, donde Ricciovaro perseguia á los cristianos con mas que salvaje brutalidad, se alojaron en casa de un tal Genciano que deseaba ser discipulo de Cristo. Este les informó de que poco antes habia S. Quintin padecido el martirio; y ellos fueron á poco de esto presos tambien con su caritativo huésped, y todos tres muertos por Cristo, por los años de 287.)

SAN BARSABAS, mártir, en Persia.

SAN EUTIQUIO, mártir, en España.

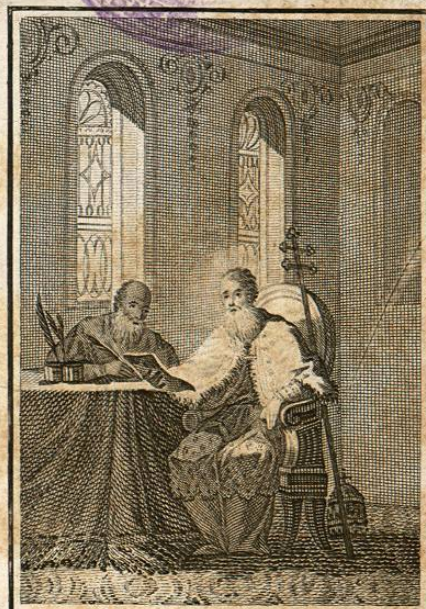
SAN SABINO, obispo esclarecido en milagros, en Plasencia.

SAN DANIEL STILITA ó DE LA COLUMNA, en Constantinopla. (Habiendo determinado imitar el modo de vida que habia visto en S. Simeon, eligió un sitio en el próximo desierto de las montañas que avanzan hasta el Ponto Euxino, á unas cuatro millas del mar, y siete de

Constantinopla hacia el norte. Allí le construyeron una columna en cuyo remate vivió espuesto sin abrigo á fuertes vientos y frios crueles, hasta á la edad de ochenta años. Sin bajarse de ella fué ordenado de sacerdote por Gennadio obispo de Constantinopla, y el Santo dijo misa en el mismo estrecho sitio; y la primera vez administró la comunión al patriarca, como lo hizo en adelante muchas veces de sus manos. La comida de que comunmente usaba eran raíces, y yerbas desahbridas, y á veces pasaba dias enteros sin tomar alimento alguno. Honróle Dios con el espíritu de profecía, y el don de milagros. Predijo su muerte propia, la cual aconteció en su columna en el año de 494, habiéndole asistido en sus últimos momentos el patriarca Eufemio. Tres dias antes de morir ofreció á media noche el santo sacrificio, y fué visitado de los Angeles en una vision. *But.*)

SAN DÁMASO, PAPA.

SAN Dámaso era español de nacimiento: no se sabe de qué ciudad ó provincia, pretendiendo los de Tarragona en Cataluña, y los de Guimarans en Portugal apropiarlo á sus respectivas ciudades; y una lápida que hay en la parroquial de S. Salvador de Madrid le hace natural de esta corte. Vino al mundo por los años de 304. Habiéndose establecido en Roma su padre, llamado Antonio, llevó consigo su familia, que consistia en dos hijos pequeños; Dámaso el uno, la otra Irene, mas pequeña todavía que su hermano. Habiendo enviudado su padre, se hizo clérigo, se ordenó de lector; y como era de una hombría de bien conocida, de una piedad ejemplar é instruido en las sagradas letras, fué hecho diácono, y finalmente presbítero de la Iglesia romana, agregado á una de las parroquias de la ciudad, que tenia el título de S. Lorenzo. Nuestro Santo fué educado con gran cuidado al lado de su padre, quien encontrando en Dámaso un excelente ingenio, y un corazón nacido para la piedad, no omitió diligencia alguna para darle una bella educación, y para hacer que se instruyera en todas las ciencias. Gustaba Dámaso del estudio, pero no tenia menos inclinación á la piedad; y así hizo maravillosos progresos en la virtud y en las ciencias. La pureza de sus costumbres y su rara erudición le conciliaron la estimación de todos. Fué admitido en el clero, y bien pronto llegó á ser la admiración y el ejemplo de los eclesiásticos. Servia en la misma iglesia que su padre, y toda su conducta fué de una tan grande edificación, que era, como lo testifica S. Jerónimo, el modelo que se les proponia á todos para imitar. Era diácono de la Iglesia romana, cuando el papa Liberio fué arrojado de su silla por el emperador Constancio por la defensa de la fe y de la inocen-



S. DAMASO, PAPA.

cia de S. Atanasio el año 355. Por poderosos que fuesen los arrianos, y por mas arriesgado que fuese el declararse por el papa, el dia mismo que le cogieron para llevarle al lugar de su destierro, se obligó Dámaso con juramento solemne ante el pueblo, con todo lo restante del clero, á no recibir jamás otro papa mientras viviese Liberio. Tuvo tambien valor para acompañarle en su destierro, y permaneció algun tiempo con él en Beréa de Tracia, donde le sirvió de mucho consuelo. Habiendo vuelto á Roma, tuvo mucho que sufrir de los arrianos, que tenian un partido muy pujante; y á pesar de sus amenazas y de sus solicitudes, permaneció siempre fielmente unido á la comunión de Liberio. Habiendo vuelto este papa del lugar de su destierro, se sirvió de los consejos y de la habilidad de nuestro Santo en todos los negocios espinosos de la Iglesia.

Habiendo muerto el papa Liberio el año 366, no se encontró sujeto mas digno que Dámaso para ocupar la santa Sede. Fué elegido por la mayor y mas sana parte del clero romano á los sesenta y dos años de su edad; y sin embargo de su resistencia, fué consagrado solemnemente en la basilica de Lucina, que era su título. Todas las gentes de bien manifestaron su gozo, y dieron gracias á Dios por haberles dado un pastor tan digno y tan á propósito por su santidad y su ciencia para domar á los enemigos de la Iglesia. Algunos del pueblo y del clero, cuyas costumbres estaban tan corrompidas como su espíritu, no se acomodaron á esta elección. Uno de los principales diáconos de la Iglesia romana, llamado Ursicino, lleno de una ambición desmedida, no pudiendo sufrir que se le hubiese preferido á Dámaso, agavilló una tropa de sediciosos y de gentes despreciables en una iglesia de Roma, y habiendo sobornado á Pablo, obispo de Tivoli, hombre grosero é ignorante, le obligó á que le ordenára obispo de Roma. Por mas irregular é indigna que fuese esta acción, no dejó el antipapa de formarse un poderoso partido, el que en poco tiempo vino á parar en una sedición y tumulto, en que hubo ciento treinta y siete personas muertas, sin que el papa tuviese en ello la menor parte, ofreciéndose de todo corazón á renunciar el pontificado, si era necesario para aplacar estas turbaciones. Pero Juvenco, prefecto de Roma, envió desterrado á Ursicino y á los diáconos Amancio y Lupo, sus principales favorecedores; con lo que S. Dámaso quedó tranquilo en su silla. Mas no duró mucho la calma. Los del partido del antipapa no cesaban de importunar al emperador Valentiniano para que mandára que se levantase el destierro á aquel cismático. El emperador, demasiado fácil, consintió en ello; pero no bien habia llegado á Roma

Ursicino, cuando comenzó á alborotar mas que antes; lo que obligó al emperador á desterrarle dos meses despues á las Galias con todos sus adherentes; y con su destierro quedaron en paz la Iglesia y el estado.

Aunque la severidad de la disciplina eclesiástica que el santo papa hacia guardar en la Iglesia hubiese dado ocasion al cisma, el papa no aljó en nada de su justa rigidez, especialmente tocante á la prohibicion que se habia intimado á todos los eclesiásticos y religiosos de meterse en las casas de las viudas, y en las de las doncellas huérfanas, y de recibir algun don de las mujeres que dirigian. El emperador habia autorizado esta prohibicion con un edicto, y el santo papa tenia un gran cuidado de hacerle observar sin dispensa.

Por este tiempo, esto es, el año 369 ó el 370, juntó S. Dámaso en Roma un concilio de muchos obispos, para ver como se habia de socorrer á los que habian caido en el arrianismo tanto en Oriente como en Occidente. Ursacio de Singuidon, y Valente de Mursa, dos obispos del Ilirico, herejes declarados, fueron condenados en el concilio. El papa dió noticia de esta determinacion á S. Atanasio, que era el azote de los arrianos y el blanco de su odio y de sus inquietudes. El santo patriarca juntó un concilio de noventa obispos en Alejandria, y en nombre de todos dió gracias al santo papa por su zelo y sollicitud pastoral; añadiéndole, que esperaban trataria á Aujencio, obispo arriano, é intruso en la silla de Milan, como habia tratado á Valente y á Ursacio. No se engañó en su esperanza; porque habiendo juntado S. Dámaso en Roma un segundo concilio de noventa y tres obispos de diferentes paises el año 373, Aujencio y todos sus adherentes fueron condenados y excomulgados: se confirmó en él la fe de Nicea, y todo lo que se habia hecho en perjuicio de ella en la asamblea de Rímini, se declaró por nulo.

Habiendo muerto el gran S. Atanasio el año 273, Pedro su sucesor, echado de su silla por los arrianos, vino á refugiarse á Roma, donde permaneció casi cinco años cerca del santo papa. Habiendo muerto en este tiempo el emperador Valentiniano I, los del partido del antipapa Ursicino renovaron sus turbaciones en Roma. Los luciferianos, otros cismáticos desterrados de Roma por un rescripto del difunto emperador, no dejaban de inquietar y de ejercitar el zelo de nuestro Santo. Los donatistas tenian su partido en Roma; pero S. Dámaso, infatigable en sus funciones, hacia inútiles todos los esfuerzos de los enemigos de Jesucristo y de la paz de su Iglesia. En este tiempo fué cuando S. Optato, obispo de Milevi, publicó su grande obra

contra todos estos cismáticos; en la cual, queriendo demostrar la unidad de la Iglesia por la sucesion continuada de los obispos de Roma, la que es el centro de esta unidad, hace un catálogo de los papas, empezando por S. Pedro, y terminándole en san Dámaso: *El cual es hoy nuestro hermano, dice, con quien todo el mundo mantiene comunión, así como nosotros, por el comercio de las epístolas ó cartas formadas.*

El año 377 tuvo el santo papa un concilio en Roma, en que condenó al hereziarca Apolinario y á su discípulo Timoteo, que se portaba como obispo de Alejandria, deponiéndolos á entrambos. Hasta entonces se habia gloriado falsamente este hereziarca de tener comunión con el papa S. Dámaso; y no habia hereje alguno en aquel tiempo que no afectase decirse unido en comunión con la santa silla. Pero queriendo el santo pontífice impedir que los seductores sorprendiesen la simplicidad de los fieles, declaró públicamente que los habia separado á todos de su comunión, y por consiguiente de la comunión de la santa Sede. S. Jerónimo se alegró tanto de esta resolucíon, que le escribió en estos términos: «Como yo hago profesion, santísimo padre, de no seguir á otro capitan que á Jesucristo, estoy inviolablemente unido á la comunión de vuestra santidad, que es decir, de la cátedra de san Pedro. Sé que la Iglesia ha sido edificada sobre esta piedra: cualquiera que come el cordero fuera de esta casa, es profano; el que no está dentro del arca de Noé, perecerá en el diluvio. No pudiendo consultaros á toda hora, me arrimo á vuestros hermanos como una pequeña barca á los grandes bajeles. No conozco á Vital; desecho á Melecio; no quiero saber quién es Paulino; cualquiera que no congrega con vos, esparce y disipa; quiero decir, al que no está por Jesucristo. le pongo en el partido del Anticristo. Os conjuro que me autoriceis con vuestras cartas, si debo ó no decir una ó tres *Hipostases*; porque unos toman estos términos por *personas subsistentes*, otros por *sustancia ó naturaleza*. Os suplico igualmente que señaleis con quiénes debo comunicar en Antioquia.»

Antes que S. Jerónimo hubiese recibido la respuesta á esta carta, escribió otra al mismo santo papa de lo interior de su destierro de Calcis, en la que representándole el triste estado de la Iglesia de Antioquia, le dice: «Por una parte vemos á los arrianos pujantes con la autoridad del príncipe que los sostiene, por otra á la Iglesia dividida en tres partes, cada uno de los cuales quiere atraerme á sí. Los monges que me rodean, me instan y atormentan para hacernos tomar partido. *Yo no les digo otra cosa, sino que soy de aquel que esté unido á la cátedra de Pedro.* Me-

lecio, Vital y Paulino dicen que están unidos con Dámaso; y pudiera creerlo si uno solo lo dijera; pero dos de ellos mienten, y quizá todos tres. Y así os conjuro me señaleis por vuestras cartas con quién debo comunicar en Siria; y que no menosprecieis á una alma, por la que Jesucristo ha muerto.»

El antipapa Ursicino, aunque distante, no dejaba en este tiempo de embrollar en Roma por medio de sus emisarios. Ganó á un judío llamado Isaac, quien tuvo el atrevimiento de calumniar al santo papa ante el emperador; pero habiéndose descubierto la calumnia, el judío fué severamente castigado, y desterrado á un paraje de España. Queriendo el emperador Teodosio que reinara en todo el imperio la uniformidad de la fe de Nicea en toda su pureza, hizo publicar una ley, en que advertia que solamente serian reputados por católicos los que siguiesen la fe que enseñaba el papa Dámaso; que todos los otros serian tenidos por herejes, y castigados como enemigos de la Iglesia y del estado. El santo pontífice cada día mas solícito en quitar la mascarilla á los herejes y alejarlos del rebaño de Jesucristo, tuvo un concilio en Aquileya el año 381, en que condenó á Paladio y á Secundiano, obispos del Ilirico.

Además del cuidado que tuvo el santo papa en desterrar todas las herejías de todo el mundo cristiano, se aplicó con el mismo zelo y con el mismo fruto á reformar las costumbres y á cortar los abusos que se habian introducido entre los fieles. Habiendo ido á Roma el heresiarca Prisciliano con sus principales discípulos para justificarse delante de él, léjos de oír sus disculpas, no quiso ni aun verlos. Con el mismo vigor se opuso en el senado al establecimiento del altar de la Victoria, encargándose el mismo de la representacion de los senadores cristianos contra la de los senadores paganos, la que envió á S. Ambrosio, y tuvo todo el efecto que se habia deseado.

Su caridad era universal; no hubo quien no experimentase sus efectos. Para asegurar mas bien la paz que habia procurado á la Iglesia con su zelo y sus cuidados, juntó en Roma un concilio de muchas provincias de Oriente y Occidente, en el que se encontraron S. Ambrosio de Milan, S. Valeriano de Aquileya y S. Ascolio de Tesalónica; y los orientales llevaron consigo á san Jerónimo, el que lleno de estimacion y de veneracion á un tan gran Santo, se quedó con él para servirle de secretario y ayudarle á responder á las consultas que le enviaban los concilios de diversas iglesias. El santo papa le habia ya consultado muchas veces sobre varias cuestiones de la Escritura, y le habia ya empeñado á corregir la version latina antigua del nuevo Testa-

mento, para hacerla conforme al griego, con cuyo motivo hizo una nueva version latina de todo el antiguo sobre el hebreo; y esta es la version que la Iglesia latina adoptó despues para el uso público, y que se llama *Vulgata*.

Este gran pontífice estendió todavia su zelo á la disciplina eclesiástica, haciendo reglamentos concernientes á ella. Arregló la salmodia, é hizo que en Occidente se cantaran los salmos de David segun la correccion de los setenta, que S. Jerónimo habia hecho por su órden. Edificó dos iglesias en Roma; adornó el sitio donde habian reposado largo tiempo los cuerpos de los bienaventurados apóstoles S. Pedro y S. Pablo, cuyo sitio se llama la Platonía. Hizo construir un magnífico baptisterio, del que el poeta Prudencio hace una bella descripcion, y espuso muchos cuerpos de santos á la veneracion pública.

Finalmente, despues de haber vivido ochenta años, y gobernado la Iglesia con tanta prudencia y santidad diez y ocho, murió con la muerte de los santos el dia 11 de diciembre del año 384. Su muerte fué seguida de un gran número de milagros, que hicieron ver bastantemente cuan preciosa habia sido delante de Dios. Fué enterrado en una de las iglesias que habia hecho edificar en las catacumbas en el camino de Ardea. San Jerónimo hace de él un magnífico elogio; le llama amante de la castidad, doctor virgen de la Iglesia virgen; hombre escelente y hábil en las santas Escrituras; y Teodoreto nos le representa como un pontífice de una eminente santidad, y uno de los mas grandes y mas santos papas de la Iglesia.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue :

Señor, oid nuestras oraciones, y dignaos por vuestra bondad concedernos por la intercesion del bienaventurado Dá-	maso, vuestro confesor y pontífice, la indulgencia y la paz. Por nuestro Señor, etc.
---	--

La Epistola es del capitulo 7 del apóstol S. Pablo á los hebreos.

Hermanos: Tuvo la ley antigua muchos sacerdotes sucesivamente; porque eran mortales y no podian permanecer. Mas como Jesus permanece eternamente, posee un sacerdocio	eterno. De aquí proviene, que él puede para siempre salvar á los que por su mediacion se acercan á Dios; como que siempre está vivo para interceder por nosotros. Convenia,
---	---

pues, que nosotros tuviésemos un pontífice como éste, santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos: que no tuviese necesidad, como los otros pontífices, de ofrecer to-

dos los días víctimas, primero por sus propios pecados, y despues por los del pueblo, que es lo que hizo una vez Jesucristo nuestro Señor ofreciéndose á sí mismo.

REFLEXIONES.

Jesús está siempre dispuesto á salvar á los que por él van á Dios. Jesucristo quiere salvar á todos los hombres; pero es cierto que no todos los hombres quieren salvarse con una voluntad sincera y constante. De aquí nace que el número de los que se salvan es tan corto. Entre cien pruebas, todas las mas concluyentes y las mas palpables, de la falta de la voluntad sincera de salvarse en la mayor parte de los hombres, una de las menos equívocas es la infeliz inclinacion que se tiene á aumentar cada día la malignidad del corazón humano, buscando con ansia y con furor todo lo que envenena el alma. ¿Hubo jamás veneno mas activo y mas mortal que el que se halla esparcido en los libros malos? ¿y qué ansia no se tiene por leer estos libros envenenados? ¿quién no sabe que la lectura de los malos libros es un veneno preparado? En ellos se halaga el gusto, todo es hermoso, todo agrada, y por consiguiente todo envenena. Se lee serenamente lo que se tendria horror de oír contar en una conversacion. Las pasiones mas peligrosas se insinuan en el alma por medio de estas perniciosas lecturas; en cualquiera otra parte, aun en las mas perniciosas ocasiones, en las tentaciones mas violentas, el espíritu y el corazón pueden distraerse; espantados del peligro pueden ponerse alerta contra los ardides del enemigo; pueden prevenir el golpe, pueden á lo menos salirse de la red por medio de la huida; mas en la lectura de los malos libros se va á buscar con toda advertencia y deliberacion el veneno, se bebe á pequeños sorbos, se mastica, se actua, y se convierte en propia sustancia. ¿No es la lectura de los libros malos el arte que ha encontrado el demonio para detener el corazón y el espíritu, los que nunca están menos distraídos, los que nunca son mas susceptibles de la pasion, los que en los malos libros hallan siempre nuevos embelesos, nuevos encantos? En ellos no hay objeto extraño que distraiga; su lectura deja al alma en manos de las pasiones. Por mas disfrazado que esté el vicio, tiene siempre algo de asqueroso cuando se presenta á nuestros ojos;

pero los libros le presentan siempre al espíritu y al corazón tan suave, tan bello, bajo de unos caracteres tan artificiosos, que no es posible defenderse de él; quizá no tiene el demonio artificio mas eficaz para perder las almas que estos libros envenenados. Pocas personas hay que no hayan naufragado en este escollo. Y qué, ¿no hay en el mundo y en nosotros mismos bastantes enemigos de nuestra salvacion, sin que vayamos á buscar otros en los libros? ¡Cuántos ardides, cuántos artificios á un mismo tiempo! Al principio no es mas que curiosidad, esta familiariza con el vicio un corazón á quien el delito inquietaria y asustaria desde luego; á la curiosidad se sigue el gusto, é insensiblemente se halla preso el corazón. Los buenos libros convierten muchas gentes; los malos libros pervierten mas. Dar un libro malo, es dar un veneno. ¡Cuántos se deshacen de un libro malo por hacer malas á un sin número de personas!

El Evangelio es del cap. 24 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Velad, porque no sabéis en qué hora ha de venir vuestro señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladrón, velaria ciertamente, y no permitiría minar su casa. Por tanto estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabéis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

De las malas compañías.

PUNTO PRIMERO. — Considera que las malas compañías son el famoso escollo en que la virtud, aun la mas robusta, padece triste naufragio; son estas unos emisarios del enemigo de la salvacion, que disfrazándose, por medio de mil artificios engañan á los siervos de Dios y los pervierten. Pocas personas dejan de caer en los lazos que las ponen: para evitar el riesgo, no hay otro medio que la huida. Si no se rompe con estos perniciosos amigos, si no se huye prontamente de las malas compañías, no hay virtud que pueda resistir á la seduccion. Y ciertamente, si

hay que elegir un amigo, ¿no debe ser este un hombre de bien? Un compañero libertino es siempre nuestro mayor enemigo. Imitamos fácilmente á los que tratamos con frecuencia; con esta funesta diferencia, que el vicio hace siempre mas conquistas que la virtud. El mal ejemplo es mucho mas poderoso para pervertir á las personas virtuosas, que el buen ejemplo para convertir á los pecadores. Pasma que no nos deshagamos de las malas compañías, sabiendo que jamás nos retiramos de ellas sino menos inocentes. Si es preciso tomar un consejo, si es menester confiar un depósito considerable, si es menester fiar un secreto importante se elige siempre un hombre de una probidad conocida. ¿Se echaria mano de alguno de aquellos que se sabe tienen una conducta poco cristiana? ¿nos dirigiriamos á un compañero disoluto y perdido de costumbres? ¿por qué, pues, nos confiamos, nos entregamos nosotros mismos á un libertino? Hablemos de buena fe; la amistad sincera, la hombría de bien, digamos tambien, la ingenuidad, la prudencia, la buena fe ¿reina en las malas compañías? ¿qué hombre cuerdo no se arrepiente tarde ó temprano de haberlas frecuentado? ¿cuántas personas jóvenes, tan recomendables por su inocencia, por su cordura, y por otras mil bellas cualidades, se han perdido por las malas compañías? ¿cuántos condenados deben su última desdicha á la familiaridad que tuvieron con los libertinos? ¿cuántos jóvenes educados en las comunidades religiosas, despues de haber pasado los primeros años en el fervor, en la mas tierna devocion, y que parecia debian ser un dia el ornamento de su orden, han tenido un desgraciado fin por haberse unido con gentes que no les daban sino malos ejemplos? Se puede decir que la salvacion depende muy de ordinario de la eleccion de amigos.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay tentacion mas peligrosa que la de las malas compañías. Bien puede suceder que con la ayuda de la gracia se resista la primera vez que se encuentre uno en ella; pero como la vuelta es voluntaria, y la elegimos nosotros, es moralmente imposible que no nos haga caer una tentacion á que nosotros mismos añadimos fuerzas. Cuando las conversaciones impías, libertinas y poco religiosas están todavía sostenidas por el buen ejemplo, es dificultoso que un corazon, por mas dispuesto y preparado que esté para la seduccion, sea seducido y engañado; pero en las malas compañías la relajacion, la indevocion, la impiedad misma entran en el alma por los ojos y por los oidos; y aunque fuera uno un santo hecho de milagro, saldria siempre de ellas, como vemos, menos devoto. ¡Cuántas

gentes deben su condenacion á las malas compañías! ¡qué otro es el origen de la mayor parte de las desdichas de la gente jóven! ¡cuántos malos sucesos, cuántos accidentes adversos no reconocen otro principio que las malas compañías! Todo es contagioso en ellas. ¡Qué horror, qué aversion no debiera tener un hombre de honor, un hombre de buen juicio á una concurrencia, donde no se encuentra persona á quien no se deba mirar con un sumo desprecio! ¡qué mal no hacen estas pestes de las casas religiosas cuando se introducen hasta en aquellas comunidades que por si mismas son el asilo de la virtud! Como los imperfectos y los inobservantes son siempre mas osados, mas desvergonzados, mas insolentes, no omiten diligencia alguna para ganar á aquellas jóvenes almas inocentes, que no se rezelan ni temen el lazo que se las pone. Adulaciones, alabanzas, dones, de todo esto se valen para engrosar su pernicioso compañía. ¡Con qué altanería dogmatizan! ¿qué mofa, qué burla no hacen de la regularidad de los fervorosos, del zelo mismo de los superiores, de las menudencias de las reglas? Las murmuraciones, las detracciones, las calumnias son el lenguaje ordinario de estas sociedades poco observantes y nada religiosas. ¡Y nos pasmarémos de que tantas personas jóvenes se encuentren pervertidas casi antes de haber advertido el lazo!

Divino Salvador mio, inspiradme un tan grande horror á la conversacion de los imperfectos y de los libertinos, que jamás me halle en su compañía.

JACULATORIAS. — Libradme, Señor, de las malas compañías, donde siempre reinan la malicia y la iniquidad. (*Psalm. 139.*)

Señor, hasta aqui me habeis protegido contra la malignidad de las juntas de los libertinos: continuad en hacerme el mismo favor hasta el fin de mi vida. (*Psalm. 63.*)

PROPOSITOS.

1 Las malas compañías son la escuela de todos los vicios. No hay un libertino que no enseñe todo lo malo que sabe: no hay uno de los que le escuchan que no salga mas malo de su conversacion. Una junta de demonios no seria tanto de temer; á lo menos se tendria horror á sus máximas y á sus ejemplos, al paso que en las malas compañías de nada se rezela. El vicio se aprende riendo, el espíritu se corrompe, por decirlo así, por honor, y el corazon por complacencia. En las malas compañías todo es contagio, todo es veneno: las almas mas inocentes se

familiarizan con el vicio. Si hay alguna cosa en el mundo á que se deba tener horror, ¿por ventura es otra que á las malas compañías? Tenlas este horror toda tu vida: inspírala á tus hijos y á tus inferiores; y huye de ellas como de los pecados mas enormes.

2 ¡Cosa estraña! si hay un hombre imperfecto, si en una comunidad hay una persona poco regular, esta es de ordinario con quien los jóvenes especialmente se introducen desde luego; sea porque estos imperfectos tienen mas maña para ganarlos, sea porque su conversacion los sujeta menos, y los divierte mas. Por lo que á tí toca, no hagas amistad ni tengas trato sino con los mas perfectos. Escoge siempre los que son mas regulares y mas santos, y no trates sino lo preciso con los otros.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SAN SINESIO, mártir, en Roma; el cual ordenado de lector en tiempo del papa S. Sixto, habiendo convertido á muchos á Jesucristo, fué acusado ante el emperador Aureliano, y siendo degollado, alcanzó la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES EPIMACO Y ALEJANDRO, en Alejandria; los cuales en tiempo del emperador Decio, despues de haber padecido una larga prision y diversos géneros de tormentos, vista su gran constancia en la fe, fueron sentenciados á ser quemados vivos.

LAS SANTAS MUJERES AMONARIA vírgen, MERCURIA, DIONISIA Y OTRA AMONARIA, en la misma ciudad; de las cuales la primera en la misma persecucion de Decio, despues de vencer tormentos nunca oídos, al golpe de la espada llegó al glorioso fin del martirio. El juez afrentado de verse vencido de una mujer, y temiendo que le sucediese con las otras tres lo mismo que con la primera si ejecutaba en ellas los mismos tormentos, mandó que al punto fuesen degolladas.

LOS SANTOS MÁRTIRES HERMOGENES, DONATO Y OTROS VEINTE Y DOS, en el mismo dia.

LOS SANTOS MÁRTIRES MAXENCIO, CONSTANCIO, CRESCENCIO, JUSTINO Y SUS COMPAÑEROS, en Tréveris; los cuales en la persecucion de Diocleciano padecieron por sentencia del presidente Ricciovaro.

LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE MÉJICO.

NINGUNA de cuantas provincias forman el mundo cristiano puede quejarse de no haber tenido siempre pronta la proteccion de Maria; antes bien por el contrario en todas estas ha manifestado



N. S. DE GUADALUPE
DE MEXICO.